

clásicas — cuando la estrella dejó de ser una de las favoritas del público. Ahora toma de la mano a Margaret O'Brien y la convierte en actriz de primera categoría. Una unión de la cual podemos esperar mucho, pues el veterano productor no ahorra tiempo ni dinero con tal de llevar a la cúspide a sus favoritas, y en la pequeña Margaret hay suficiente madera para transformarse en la estrella juvenil más cotizada. En la "DANZA INCONCLUSA" deja de ser la chiquilla que ponía la nota simpática, para portarse como una señora actriz. Su desempeño hace que acapare todos los honores del film, dejando en el segundo plano a la escultural Cyd Charisse y a la no menos Karin Booth. Superior en todo sentido a los anteriores descubrimientos juveniles, la O'Brien no se ha quedado estática disfrutando de sus éxitos sino que se prepara día a día para la hora en que le toque encargarse de papeles de mayor entidad. De ahí que en el de la película que comentamos cumpla perfectamente con su cometido, demostrando el deseo de superarse al estudiar con ardor la difícil técnica del ballet, para el cual tiene innegables disposiciones. De seguir así la interesante chiquilla llegará lejos.

Cyd Charisse tiene en la cinta su primer rol verdaderamente estelar. Gozando de inmensa popularidad, debido a la propaganda que le hace la Metro, al distribuir pródigamente fotos de playa, vistiendo sintéticos trajes de baño, no defrauda a sus admiradores al aparecer en la pantalla. Su papel de Made-moiselle Bouchet le sirve a maravilla, pues en otra época fué miembro del Ballet Teatro. Karin Booth, una nueva adquisición de la Metro, se porta muy bien en su debut, así como el nuevo cómico — quizá demasiado parecido al viejo Red Skelton — de nombre Danny Thomas, que tiene gracia y buena voz.

En fin: "LA DANZA INCONCLUSA" es una película excelente, que honra a la Metro.

Barranquilla (Colombia), agosto 1949

Socio: Lee nuestra Publicación y propágala con entusiasmo.

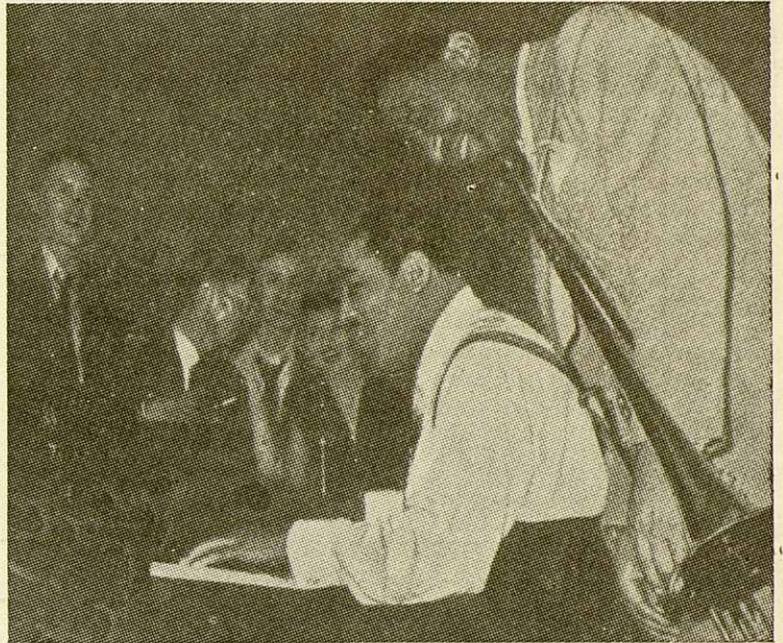
SASTRERIA PORTA

Plaza Maluquer y Salvador, 22

GRANOLLERS

Recuerdo a «Tricky Sam» Nanton

En la infinidad de revistas que se editan en todo el mundo dedicadas a la música de jazz, no he conseguido ver nunca a crítico alguno que dejara correr su pluma para analizar la figura excepcional del malogrado trombonista de Duke Ellington, Joe



Una instantánea de Ellington con uno de sus solistas y varios de sus admiradores

«Tricky Sam» Nanton. Es lamentable, pues «Tricky Sam» merece un largo estudio por el magnífico trabajo desarrollado durante 20 años bajo la dirección de su gran jefe de orquesta.

Corría el año 1926 y el trombonista de la orquesta de Duke, Charlie Irvis, comunicó a su jefe la intención de abandonar su formación; él mismo propuso a Ellington para que lo reemplazara en su puesto a un amigo suyo, cuyo nombre era Joe Nanton. Desde entonces ya no dejó nunca de tocar en la orquesta de Ellington: sólo la muerte le hizo abandonar su puesto.

Al igual que Irvis, Joe se especializó en el uso de la sordina wa-wa, pero, francamente, llegó a superar a su maestro en todos los aspectos, sacando de